

decoración

La diseñadora de vestidos de novia GRAZIELLA ANTÓN DE VEZ y su marido, el cirujano plástico JAVIER HERRERO, decidieron recuperar esta villa italiana en la zona alta de Barcelona, con la complicidad de sus hijos. Una casa donde todo tiene su razón de estar.

—Vis Molina. Fotos: Flaminia Pelazzi.
Realiza: Carmen Figueras.

Pacto de familia



En el salón, retrato de Graziella por Pedro Moreno Meyerhoff. La chaise longue es antigua y el mueble con cajones de Indian Pacific. En la otra página, en el jardín, la alberca y una hamaca de ratán heredada.



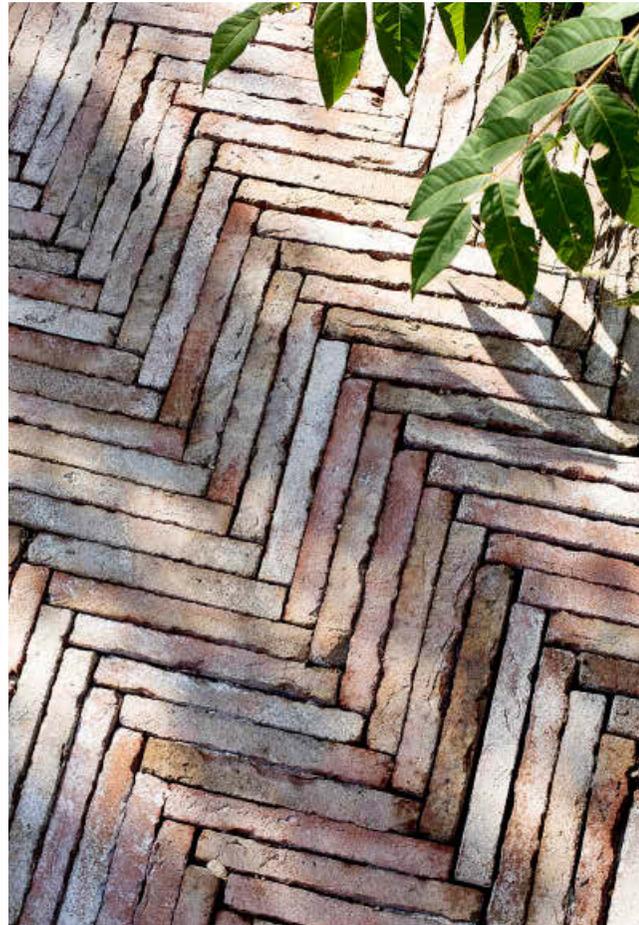
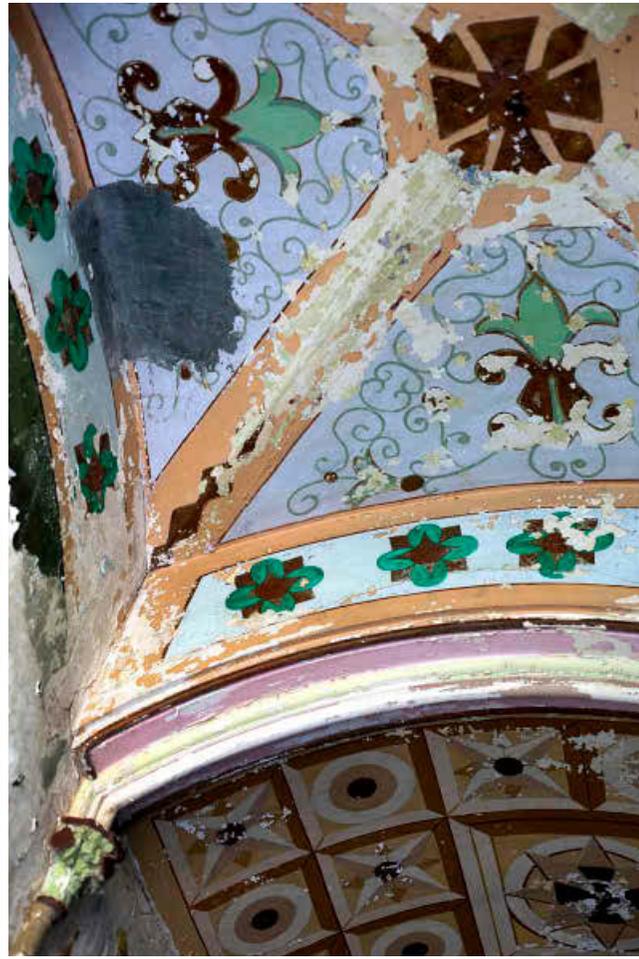
Arriba, en el recibidor, se colocó una consola china que estaba en el tocador de la suegra de Graziella. La lámpara es heredada. Abajo, colección de cabezas tailandesas expuestas en el estudio contiguo al dormitorio principal.





COMEDOR VIVIDO

Las lámparas de techo llaman la atención. La del comedor es china. Las estanterías se hicieron a medida, igual que la mesa. Las sillas se cubrieron con fundas de lino de distintos colores. En las estanterías, frascos de cristal con arenas de playas remotas. Una colección iniciada hace años.



De izda. a dcha. y de arriba abajo, la fachada recuperada con el color y los esgrafiados originales. Detalle de la bóveda del antiguo lavadero, hoy Spa, tal y como se encontró. Banco de piedra del jardín. Rincón de estar en el jardín, con muebles recuperados. El suelo en espiga se realizó a medida, con ladrillos, al estilo de los de los palacios venecianos. Macetas vintage.



De izda. a dcha. y de arriba abajo, baldosas hidráulicas antiguas en el suelo del jardín. La alberca, flanqueada por macetas y palmeras. Rincón de lectura junto al Spa y al borde la piscina, con pared de baldosa hidráulica antigua. Escaleras de la piscina.

Las mesas aquí siempre se visten con vajillas danesas antiguas heredadas de su abuela

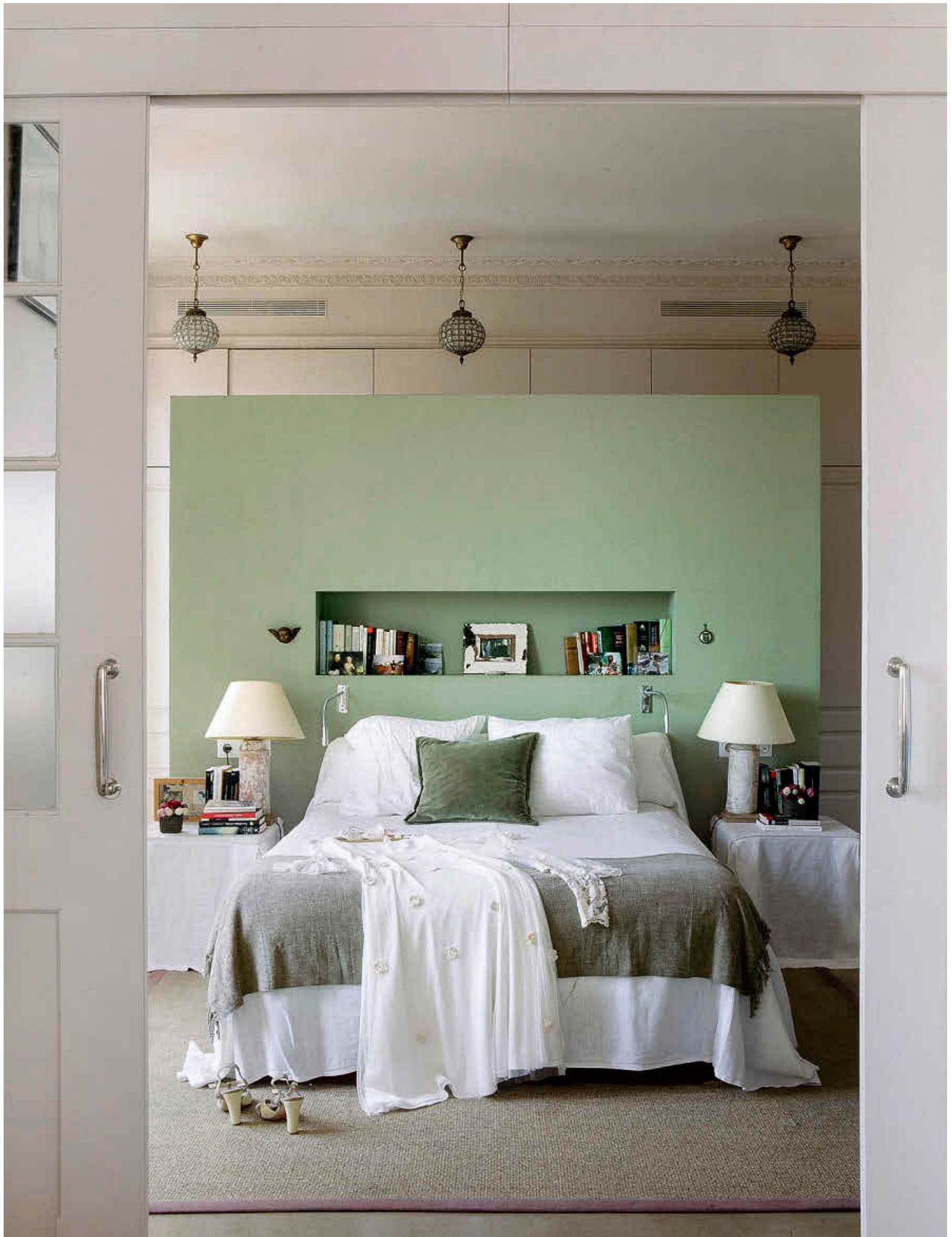


Un día de primavera hace cuatro años el marido de Graziella Anton de Vez, el cirujano plástico Javier Herrero, paseaba por la zona alta de Barcelona y vio, asomando entre las enredaderas asalvajadas de un jardín abandonado, la silueta de una villa color siena. Entró en shock. Era lo que llevaba tiempo buscando. Resultó que la casa estaba en venta y aunque llevaba años vacía y estaba en un estado casi ruinoso, parecía con posibilidades. Convenció a Graziella y a sus tres hijos de que fueran a conocerla. Ya no hubo marcha atrás.

Hasta entonces, la familia había vivido en una casa poco convencional: Casa Vicens (el primer gran encargo de Gaudí y uno de los primeros edificios modernistas en Europa), y eso imprime carácter. De hecho, la familia de Javier fue propietaria de esta original vivienda desde 1899 hasta hace tres años. Y la villa italiana parecía la mejor opción para la nueva etapa de esta familia, lejos del escenario modernista. Y decidieron comprarla. También reformarla por completo.

El primer paso fue escoger en qué querían convertirla, y todos estuvieron de acuerdo en que deseaban una vivienda confortable y cálida, que transmitiera sensación vivida, en la que no hubiera piezas de diseño ni muebles especialmente valiosos, sino recuerdos de familia y objetos con un significado especial.

Y así ha sido. Cuando se accede a esta inspiradora vivienda, se nota que vive una familia con todas sus aficiones: la lectura (los libros se amontonan en repisas, mesas y estanterías), los viajes (las fotos en Venecia o Menorca conviven alegremente con una tabla indonesia o una lámpara china), el coleccionismo con un punto de excentricidad (arenas de playas remotas contenidas en frascos de cristal, y cabezas tailandesas un tanto peculiares), el arte (cuadros pintados por amigos artistas o incluso por el dueño de la casa), la carpintería (el cirujano construye muebles en sus horas libres), la jardinería, las vajillas antiguas (el abuelo de Graziella fue embajador de Venezuela en Dinamarca, y su abuela le dejó en herencia varias vajillas de ese país), la cocina y recibir a los amigos en torno a una mesa de comedor de madera que



En el dormitorio principal se colocó un tabique que actúa como cabecero y, además, aísla el vestidor. Las lámparas de mesa proceden del anticuario Lucca y las de techo son de herencia familiar. Sobre la cama vemos uno de los vestidos de Graziella. En la otra página, antigua vajilla danesa heredada de la abuela de Graziella, y la cocina, realizada a medida.



Graziella (de pie) y su colaboradora Elena Méndez dan los últimos toques a uno de sus vestidos de novia.

Pequeñas / grandes decisiones

Café	<input checked="" type="checkbox"/>	Té	<input type="checkbox"/>
Oro	<input type="checkbox"/>	Plata	<input checked="" type="checkbox"/>
Cocina	<input checked="" type="checkbox"/>	Take away	<input type="checkbox"/>
Verde	<input checked="" type="checkbox"/>	Negro	<input type="checkbox"/>
Televisión	<input type="checkbox"/>	Lectura	<input checked="" type="checkbox"/>
Moqueta	<input type="checkbox"/>	Tarima	<input checked="" type="checkbox"/>

Graziella cuenta todo esto mientras tomamos un café en la cocina; un espacio plácido donde los muebles hechos a medida están pintados de un verde seco. La barra, larga y estrecha, de madera natural, funciona como espacio de desayunos y cenas familiares. En el lateral, uno de los armarios se abre para mostrar una inmensa barbacoa. El salón y el comedor son punto y aparte con un suelo de microcemento color topo y unas estanterías a medida que marcan la continuidad entre las dos estancias. En el comedor la parte inferior de las librerías integran armarios vajilleros. En un rincón del salón, junto a los grandes ventanales, Graziella ha instalado su zona de trabajo.

parece de una película francesa de Marion Cotillard... sin embargo, la hizo un carpintero local a partir de un tablón de una pieza que cuidan y enceran con mimo.

Con la ayuda de la interiorista Pilar Líbano, iniciaron una larga remodelación que empezó por unos techos destrozados que exigían reforzarse y a los que se incorporaron molduras de yeso en las habitaciones para hacerlas más acogedoras. Eso y el color de las paredes (un tono marfil con toques ligeros de rosa) refuerzan el toque afrancesado al que Graziella se siente afin, ya que vivió en París una larga temporada. Allí trabajó primero en el taller de la diseñadora Barbara Bui, luego como diseñadora infantil en Bensimon. Cuando regresó a Barcelona se unió a la sastrería de Toni Miró y, cuando nacieron sus tres hijos, creó su marca de ropa Normandie que terminaría vendiendo para dedicarse, en la actualidad, a diseñar vestidos de novia.

Un taller artesano donde diseña los vestidos de novia hechos a medida que llevan su nombre.

El jardín es otro de los puntos fuertes. La intención fue crear un espacio romántico y algo *despeinado*, donde no hubiera ni geometría ni perfección. “Queríamos respetar y sanear lo que encontramos. Además, hemos plantado un sauce y varias glicinias. A los dos nos encanta el jardín, y le dedicamos mucho tiempo. Mi pasión son los rosales de flores en tonos albaricoques, y suelo rastrear los viveros ingleses, donde encuentro unas semillas excelentes. Mis favoritos son el *Adelaide d’Orleans* y el *A Shropshire Lad*”. Añadieron una alberca para bañarse en verano y, en un rincón instalaron un balancín heredado, una mesa vintage y unas sillas de IKEA que Graziella pinta en sus ratos libres. Un reducto de paz rodeado de naturaleza en plena urbe, desde donde se contemplan buenos anocheceres en compañía de Azam, el perro lobo checoslovaco que no pierde detalle.